

CALIDOSCOPIO

Yolanda Fernández Ordóñez / 3er. Premio. Facultad de Ciencias

Ah, yo he de traer mis flores:
la flor roja como nuestra carne,
la flor blanca y bien oliente,
de allá donde se yerguen las flores.

Canto del Atamalqualoyan.

—Bien. ¿Qué hacemos aquí? Ya es hora de partir.

—Es cierto, ¡vamos!

—Hace frío, ¿verdad?

—Sí, sí, bastante frío ¡brrr!

Y está oscuro y solo como una noche en la montaña.

—¡Es peor que eso! Allí siquiera se ven unas cuantas estrellas.

—O se escucha el gemido del viento entre los árboles.

En medio del silencio se ponen en camino. Solamente el golpear de los pies, bien calzados, se escucha sobre la hojarasca: un, dos, un, dos, un, dos... Se detienen después de un rato; en el pecho los corazones laten furiosamente, las manos enjugan las sudorosas frentes y los ojos de agrandadas pupilas, se esfuerzan en penetrar la oscuridad.

—¡Descansemos! ¡No puedo más! —suplica una voz jadeante.

—Ya se ha cansado, ¿eh? Sin embargo, no es posible detenerse por mucho tiempo —responde otro.

—Usted fue advertido, como todos nosotros. Sabe bien lo que sucede si se detiene uno demasiado.

—Ya sé, ya sé. ¡Pero comprendan!, es mucho el frío. El viento helado no deja respirar, ya siento flaquear las piernas y... bueno, sé que no debo decirlo, pero desde allá atrás, a unos veinte pasos, se ve el resplandor de una ciudad.

Todos guardan silencio. Alguien enciende una cerilla que ilumina los rostros sudorosos. Se miran y dice el más joven:

—Yo miré también el resplandor ese. Este frío se va haciendo insoportable. ¿No podríamos desviar un poco la ruta y...

—¿Un poco? Usted parece haberse olvidado de...

—No señor —corta el joven— sin embargo, creo conveniente por lo menos un descanso. Usted entiende tan bien como yo, que en estas condiciones no llegaremos muy lejos. ¡Es casi imposible seguir así!

—¡Casi!

Callan todos nuevamente, mientras la cerilla retuerce su agonía a sus pies.

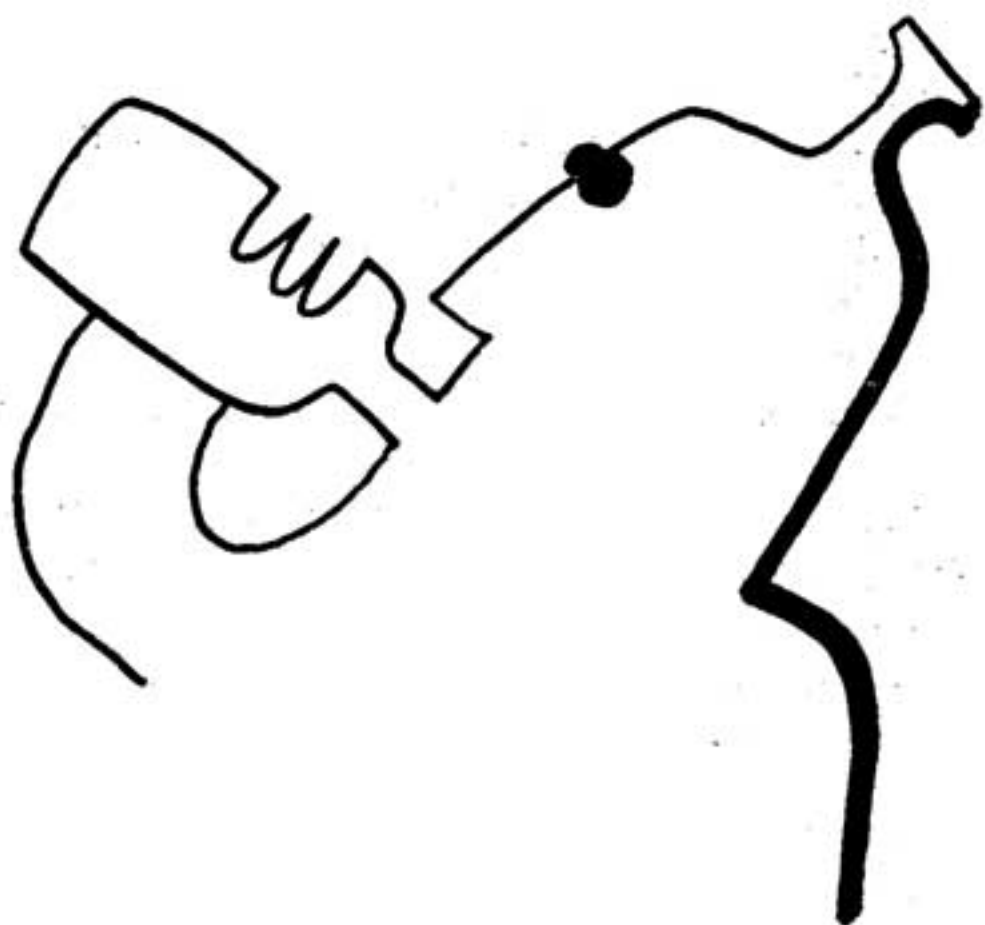
—Será mejor decidir rápido —dice alguien rompiendo el espeso silencio—, no se puede estar aquí indefinidamente.

—Propongo volver a esa ciudad.

—¿No acaba de entender usted? ¡Morirá!

—Mire —interrumpe otro—, usted está convencido de hallar más adelante lo que desea, ¿no? Pues él y yo, no.

—Bien. Vuélvanse los que quieran.



—¡Se está congelando el sudor!

—¡De prisa!

—Nosotros volvemos. ¿Seguirán ustedes?

Tres voces responden afirmativamente en la oscuridad.

—Ojalá no se arrepientan de seguir. ¡Adiós!

Se estrechan las manos y tres pares de piernas marchan sobre la hojarasca hacia adelante, mientras dos lo hacen hacia atrás.

—¿No cree que son una partida de tontos?

—Mmm. ¿A quién se le ocurre seguir por camino tan malo? Algo mejor nos

—¿Estás seguro? Digo, ¿qué espera encontrar?

—¿Qué? ¡Caramba! Lo que usted espera, lo que ellos buscan.

—¿Por qué cree que lo hallará?

—¡Pues hombre!, es una ciudad nueva y arreglándoselas, puede uno pasarla bien. ¿Y usted?

—No debo decírselo. Creo que no entendería.

—¡Vamos, amigo! ¿Acaso me toma por un tonto?

—No, no es eso —responde melancólicamente, añadiendo—, ¿sabe? Buscaba un amanecer.

—¿Un qué? ¡Vaya! ¿Para qué le serviría un amanecer? Debería haberse quedado en su casa, ¿no amanece allí todos los días?

—¡Pero éste sería un amanecer bien diferente!

—Pues, francamente, no entiendo. ¿Entonces para qué se quedó? ¡No sería para acompañarme!, ¿verdad?

—No —terminó secamente—, y siguieron su camino. Al poco rato, entraron a una ciudad de muñecos, que contoneándose y batiendo palmas, jugaban, bajo las luces frías, a que eran felices. Y las mismas luces que les hicieran desviar su ruta, se reflejaron en una lágrima tibia; calidoscopio que rodó por sus mejillas, estrellándose en el pavimento.

El frío se hace cada vez más intenso y la noche no es ya tan negra, pues a pesar de la falta absoluta de estrellas, se distinguen las siluetas oscuras de los caminantes.

—¡Son débiles!

—Todos lo somos alguna vez.

—Es posible —opinó el tercero— pero no sabían lo que puede haber más allá.

—Sí, uno de ellos; pero al otro, lo oí mencionar un amanecer.

- ¿Y qué era ese amanecer?
- ¡No dijo!
- ¿Lo ve? ¡no lo sabía! ¡Por eso volvió!
- ¿Cómo? ¡No entiendo!
- Es fácil. ¿Por qué no regresó usted?
- ¡Vaya! ¡Allí no había nada!
- Pero cómo lo supo.
- Bueno, hay cosas que no se encuentran allí, ¿o sí?
- Lo ve ahora ¿eh? Él no lo sabía.

Siguieron andando, andando; andando a través de la noche vacía y helada. No se detuvieron hasta que el tanto andar, devoró las suelas de las botas.

- ¿Qué sucede?
- Aguarden. He sentido, en los pies... ¡Oh!, ¡sangre!
- Lo sabíamos. En algún momento tenía que suceder. Es preciso seguir.
- ¿Así?
- ¡Así! ¡No hay remedio!
- ¡Será imposible! No creo poder hacerlo.
- ¿Y qué hará aquí entonces? —inquire el tercero.
- La noche es demasiado fría, demasiado. No puede quedarse aquí sin morir congelado.
- ¡Lo sé, lo sé! Pero, es imposible.
- Trate amigo, recuerde que está bastante lejos el fin y más aún la ciudad.
- ¿El fin? ¿La ciudad? ¡Bah! Debería sucederles lo mismo, para que comprendieran.

Sentándose junto al compañero y haciendo luz, ambos muestran sus plantas sangrantes, cubiertas de arenilla. El otro las mira, paseando después por sus rostros sucios, una mirada saturada de tristeza, iluminada tenuemente por la llamita oscilante:

—¡No pueden! ¡Comprendan!

La cerilla se apaga lentamente, como si tuviera pereza de extinguirse, mientras se despiden del amigo; lo dejan cubriendo sus pies heridos con hojas congeladas que, a la luz de un amanecer que para él no existe, semejarían pequeños cristales de calidoscopio.

- Me hace daño la sangre, amigo, no puedo verla correr.
- ¡Pero si no la ha visto más que un segundo! ¡Olvídela!
- ¿Tan fácil le es?
- No he dicho eso, pero si tanto daño le hace...
- ¿A usted no?
- ¿Lo cree? He visto más sangre que usted; y no de ésa, de heridas que no cierran ya —termina con un suspiro.
- ¿Sentimental?
- Me malentiende —responde molesto. Sangre de niños, ¿entiende?, ¡de niños!
- ¡Ya, ya! ¡De niños! ¡Sangre de niños, dolor de niños, hambre de niños, muerte de niños!... ¿hay más?
- ¡Lágrimas de niños!
- ¿El compañero?
- ¡Era un niño! ¿Comprende?

Guardan silencio y caminan dividiendo en dos la noche. Ya no se oye el golpetear de las botas; ahora quedan sobre el camino huellas de sangre, pedazos de carne herida que las hojas pardas van sepultando. La noche ha vuelto a ser tan negra, que las siluetas se disuelven en su seno. La respiración entrecortada, lleva a los pulmones un aire helado que hace daño; los jirones de ropa y sueños se pegan cual parásitos; los pies pesan bajo una corteza de hojas, arena y sangre coagulada. Ya no hay agua, ni cerillas, ni alimento.

Cada uno lleva solamente lo imprescindible: su esperanza. El desaliento se ha ensañado con ella, sacudiendo sus más verdes ramas, trozando y desgarrando hojas que arroja al viento de la noche.

—¿Cree que llegaremos?

—¿Usted no?

—Sí, pero tengo la garganta tan seca; necesitare bastante agua.

—La hallaremos. ¡Hay que lavar mucha sangre!

—Ah, eso busca, ¿eh?

—Y más. ¿Usted?

—Lo mismo. Tal vez sea un poco más ambicioso. ¡Querré flores! ¿sabe?, las he visto antes; sí, esas flores...

Un viento terrible se desata, interrumpiéndolos en su conversación. Uno trata de tomar el brazo del amigo, y no lo halla. Grita y el otro responde, pero tan lejos, como si el viento se lo llevara. Comienza a sentirse frío, y al poco rato nieva. El sediento se lleva un puñado a la boca. ¡Es amarga! Grita nuevamente y ya no escucha respuesta. El otro llama también sin escucharle. El viento y el frío arrecian, desencadenándose una terrible tempestad, que los envuelve mientras continúan caminando, a oscuras, hacia el fin de la negra noche.

Comienza a preguntarse si no habrá extraviado el camino, pero no puede saberlo. No hay señal alguna, la nieve ha borrado ya las huellas de sangre de sus plantas, y no hay cerillas. La sed aprieta sus ardientes tenazas sobre la garganta y los pies heridos arden al pisar la amarga sustancia. Intenta cantar o silbar, pero lo ha olvidado. ¡Hace tanto tiempo que camina de noche! Monologa para distraer su infinita soledad, sin conseguirlo; llega hasta maldecir el viaje, la vida, la muerte, las mil injusticias que lo pusieron en camino; maldice también su esperanza terca que no se agota, que no le permite tirarse allí mismo a morir, que lo levanta y lucha fieramente contra la desolación y el dolor físico, que embalsama su mente maltratada con una miríada de resplandecientes promesas de un amanecer. La esperanza, que empuja sus pasos tambaleantes hacia la meta.

—La tormenta nos ha separado. Quizá ya nunca nos volvamos a encontrar. Pero, no puedo perderme. ¡No! ¡No ahora, es imposible!

Camina arrastrando los pies, lentamente, en medio de un frío inimaginable, sintiendo a cada momento estallar la cabeza, escuchando el latir de la sangre en la sien. Pero, está convencido, que el valor de abandonar todo lo que detiene a otros, lleva implícita la recompensa de hallar lo deseado. Su esperanza no ha sufrido deterioros considerables; es fuerte, la ha alimentado desde tiempo atrás y no osa pensar que pueda marchitarse y defraudarlo. Lo único que acaso teme, es morir en camino, perecer sin haber visto siquiera el fin.

La negrura de la noche es más profunda ahora que nunca: un desierto de soledad sin oasis ni palmeras. Dos fantasmas heridos lo cruzan en silencio, muertos de fatiga, quemándolos la sed, los pies malheridos y semicongelados, las manos crispadas, la piel chinita de frío, empapada en sudor llenos de polvo y solos, siempre solos.

De pronto, sobre el fondo de la noche, se adivina un resplandor, tan leve, como las brumas que se atorán en los árboles. Uno cree, el otro duda, pero ambos sacan las últimas fuerzas de sus maltrechos cuerpos y corren, casi vuelan, dejando trozos de carne y jirones de alma en el trecho último del camino.

Ya a la luz del resplandor, sus miradas tropiezan y lanzando un grito salvaje de alegría, corren, se abrazan y continúan hacia una colina de pasto verde, donde hunden sus heridas; se tienden y lamen el rocío que la salpica, enjoyándola, como aquellos campos casi olvidados, perdidos ya muy atrás.

Saciados, llorando de alegría, levantan la vista hacia un mar azul, recostado en el horizonte de luz de un amanecer. ¡Han llegado!

Antes de correr, cual dos chiquillos, a la playa orlada de flores y arena blanca, vuelven la mirada hacia atrás y contemplan, engastadas en la helada negrura, luces de ciudades; enormes ciudades de muñecos que, formando mosaicos, giran, chocan, se estrellan, como cristales coloreados de un gigantesco calidoscopio.